

Zaragoza: la danza (macabra) del fuego

ARTEMIO J. BAIGORRI

infierno y, a través de las chimeneas centrales y los conductos del aire acondicionado, el fuego había alcanzado los pisos superiores. Los clientes que ya estaban despiertos a la hora de producirse el incendio o que fueron despertados por los gritos de la calle, se agolpaban ya en los balcones, pidiendo ayuda. Los menos madrugadores no llegarían a levantarse: los aparatos de aire acondicionado escupieron la muerte por las habitaciones en forma de negro humo. Numerosas víctimas serían encontradas después sobre las camas, en actitud de haber muerto plácidamente dormidas, por asfixia. En las horas siguientes, la muerte inició un festín. Unos

—los más— murieron por asfixia; otros, los más débiles de ánimo, al lanzarse asustados al vacío desde alturas considerables, caían aplastados contra el suelo; otros, los menos, caerían devorados por el fuego. Todo el potencial antiincendios de la ciudad (bomberos, Policía Municipal y Nacional, Ejército, organizaciones sanitarias y de servicio ciudadano) no pudo evitar que, cuando al mediodía el fuego había sido sofocado, las víctimas hubiesen sobrepasado el medio centenar y los heridos, el centenar. La cifra definitiva de muertos aún se habría de elevar hasta 72, al ir falleciendo muchos de los heridos. Todavía el viernes, diez personas seguían calificadas como muy graves, por lo que, cuando estas líneas salgan a la calle, el número de muertos seguramente se habrá ampliado.

Aunque desde primeras horas de la mañana se conocieron las causas del incendio (los propios cocineros las explicaron), era comprensible que en un principio los rumores sobre la posibilidad de un atentado circularan con facilidad, dada la composición social y política de la clientela. La mitad de los alojados

damente, a excepción de los 30 que dos horas antes habían marchado al aeropuerto para tomar los aviones de Barcelona y Madrid. En los once años que el hotel llevaba funcionando, en más de una ocasión, el aceite de una máquina freidora se había incendiado, sin que ninguna de las veces se hubiesen derivado consecuencias. Pero esta vez, cuando a las 8,15 horas el percance volvió a ocurrir, todo iba a ser dramáticamente distinto. En sólo cinco minutos el fuego pasó del aceite al suelo enmoquetado, y, a través de moquetas y maderas, las llamas, después de atravesar la cafetería, circulando a gran velocidad por los conductos del aire acondicionado, alcanzaron las dependencias de mantenimiento, donde muchos productos de fácil combustión se inflamaron de inmediato.

A las 8,20 horas, una inmensa humareda llegaba hasta recepción. Los cocineros, después de infructuosos intentos de apagar el fuego, salen hacia la puerta principal y avisan a sus compañeros y al conserje, que sólo tiene tiempo de avisar a los bomberos antes de que el aire se hiciese irrespirable. Los empleados comienzan a salir a la calle y a nadie se le ocurre dar la alarma general, con excepción de una joven empleada, madre de dos hijos, a la que el intento de subir a avisar a sus compañeros de oficinas, en la última planta, le costó la vida.

Cuando los bomberos llegaron al lugar del incendio —aunque, por estar situado el parque a menos de 300 metros, les costó muy poco tiempo—, la planta baja era ya un



A las ocho de la mañana del jueves 12 de julio de 1979, los cocineros del hotel Corona de Aragón, el único de "cinco estrellas" de Zaragoza y uno de los mejores del país, se disponían, como cada jornada, a hacer los churros para el desayuno de los clientes. Las empleadas de limpieza y camareras habían iniciado ya sus tareas por los distintos pisos. En la última planta, el personal administrativo también estaba ya trabajando. Los dos centenares largos de clientes que abarrotaban el hotel dormían pláci-